

En torno a los poliglotos

Por JUAN DE DIEGO

DE un tiempo a esta parte se ha extendido de forma muy considerable el aprendizaje de los idiomas. Lo que antiguamente se tenía por un lujo, sólo asequible a las clases elevadas de la sociedad, hoy día lo tomamos como una necesidad elemental de nuestra vida de relación, necesidad que lo mismo padecen y satisfacen las clases elevadas que las menos pudientes. Pero si se pregunta a los que conocen varias lenguas, ninguno reconocerá esta necesidad; unos dirán que las aprendieron por entretenimiento, por «snobismo»; otros, sin prestar atención, viajando, como una consecuencia lógica de su contacto con individuos de otras naciones... Y puede que lleven razón. Pero, en realidad, estas formas sólo sirven para enmascarar el verdadero fundamento, que es la necesidad.

¿Cómo podría cubrir sus más elementales necesidades un ser que sin saber más que su propio idioma viajase por tierras extrañas? ¿Por señas? Difícilmente se haría así entender... ¿Cómo entonces? ¿Es que existe algún idioma universal?

La música, efectivamente, está considerada como un idioma universal, comprensible en todos los países y asequible a todos los pueblos. Pero, desgraciadamente, no nos sirve para conversar con nuestros semejantes. Para terminar de aclarar este punto pondré un ejemplo: Supongamos por un momento que nos hemos trasladado a un restaurante parisiense con ánimo de cenar y que desconocemos en absoluto el francés, que a su vez es la única lengua que hablan los camareros. Nos será imposible entenderlos. Esto ya lo sabemos, pero como nuestro deseo de cenar es grande, nos acordamos del idioma universal, y cuando se acerca el «maitre» le cantamos muy seriecitos un trozo de «La Traviata» o de «La verbena de la Paloma». El experimento está hecho. Ahora, ¿creen ustedes que nos servirán la cena tan anhelada por nuestro estómago? No. Lo más probable será que nos tomen por locos y nos indiquen la puerta con la característica amabilidad de los «maitres» parisienses.

Por tanto, la música no nos sirve para el objeto que se trata. Pero no hay que deseperar. Aún nos queda otro idioma universal, del que nadie ha hablado y del que hoy nos proponemos decir algo: el amor. Este es el verdadero idioma universal. Dos seres, de raza distinta, sin saber más lengua que la propia, pueden llegarse a comprender perfectamente, sólo con que sus miradas, henchidas de amorosa cursilería, se crucen. Y es que para el amor no hay fronteras. Su reino es el de la ilusión, su vida el sueño, y su bandera la quimera. Por eso los enamorados no necesitan hablarse. Para comprenderse mutuamente les basta con un beso, con una caricia...

Pero también el amor, al igual que la música, nos es insuficiente para cubrir nuestras necesidades. Hagamos la prueba. Supongámonos en Rumanía, enamorados de una bella rumana que agoniza de amor por nosotros. Sus manos están presas en las nuestras; sus ojos, pendientes de nuestros gestos. De pronto sentimos hambre, y, dispuestos a satisfacer la apremiante necesidad, dirigimos a España como una tierna y profunda mirada, llena de amor, a nuestra cautiva. ¿Comprendería que lo que deseamos es un «entrechote» o un bistec con patatas?

Marichu Corcuera



ESTA joven periodista, que ganó las últimas oposiciones convocadas por la Delegación Nacional de Prensa, es licenciada en Filosofía y Letras y conoce el italiano, francés, alemán, inglés, portugués, latín, árabe y hebreo. Del italiano ha traducido, entre otros muchos libros, las poesías de Leopardi.

—Desde muy pequeña supe el italiano, pues siempre he sentido gran admiración por Italia. El francés lo aprendí en el Instituto; el árabe, el hebreo y el latín, en la Universidad; y el alemán, el inglés y el portugués, estudiando sola.

—¿...?

—Mi único anhelo era penetrar los misterios de las culturas extrañas a nosotros y darlas a conocer en España.

—¿...?

—Creo que el árabe es el más difícil, por su literatura, que es de las más completas del mundo. Y el más fácil el portugués, por su afinidad con el español.

Fray Justo Pérez de Urbel



EL sabio benedictino e ilustre escritor fray Justo Pérez de Urbel, en la actualidad director de las revistas infantiles «Flechas y Pelayos» y «Maravillas», conoce el francés, inglés, alemán, italiano, portugués, latín, griego, árabe, hebreo y copto. Entre los muchos libros que ha traducido de todas estas lenguas, destacaremos: «Por la inquietud, hacia Dios», del alemán, y «Conocimiento místico de Dios» y «Más allá de la Arquitectura», del inglés.

Fray Justo, como todos los sabios, es modesto y rehusa hablar de sí mismo. No obstante, logramos enterarnos de que los idiomas citados arriba los aprendió en la paz del monasterio de Silos, con el único objeto de desentrañar el contenido de los libros existentes en la biblioteca monacal, escritos la mayor parte en idiomas extranjeros. Interrogado sobre los que él cree más fáciles y difíciles, nos responde:

—Creo sinceramente que el árabe es el más difícil. Tiene una gran riqueza de palabras y las formas verbales son muy complicadas. Además, cada autor emplea un lenguaje diferente. Para mí ha sido el más difícil. El más sencillo me parece que es el italiano, y gramaticalmente, el inglés.

—¿...?

—Todo lo aprendí solo, sin maestro, traduciendo los libros de la biblioteca a fuerza de paciencia y de diccionario. Únicamente recibí clase de árabe en cierta ocasión que tuve necesidad de venir a Madrid a descifrar algunos manuscritos.

—¿...?

—Los idiomas tienen una gran importancia en la vida. Sin ellos se puede vivir, pero sabiéndolos se vive mejor.

Boby Deglané



BOBY Deglané es hoy día uno de los hombres más populares de España. Sus acertadas actividades radiofónicas le han valido la estima y simpatía de una gran masa de gente. Viajero infatigable, siempre en busca de nuevos horizontes, parece ahora haber encontrado en España su sede definitiva.

—¿Qué idiomas conoce usted? — le preguntamos.

—Alemán, francés, inglés, italiano y portugués. Naturalmente no cuento al español, pues aunque nacido en Chile, considero a España como mi propia patria y, por tanto, su idioma el mío.

—¿...?

—La mayor parte los aprendí viajando. El francés, en el bachillerato, aunque ya tenía muchas nociones, pues mi padre era descendiente de franceses. El alemán también lo aprendí en Chile, en las colonias alemanas, allí muy numerosas; el italiano y el inglés, en Nueva York, y el portugués, en Brasil.

—¿...?

—Conocer muchos idiomas debe constituir, para el hombre que se tenga en alguna estima, un anhelo. Pero más que conocerlos, lo verdaderamente interesante es asimilarse las culturas de otros pueblos; es decir, pensar en el idioma. Estoy convencido de que cuando hablo, por ejemplo, en español, pienso de diferente manera que al hablar el inglés o el italiano.

—¿...?

—El más difícil es el francés, por su construcción y por los matices tan diversos que presenta. En cambio, me parece que el más fácil es el inglés, porque, aparte de ser uno de los idiomas más importantes y que gusta cuando se estudia por las bellezas que encierra, es muy fácil de construir; además es un idioma cómodo. Por algo le llaman el idioma comercial.

—¿...?

—Viajando es quizá el procedimiento más convincente de aprender idiomas, pero también, en ocasiones, el más penoso. Cuando yo me trasladé de Chile a Nueva York solamente sabía decir en inglés ham and eggs (huevos con jamón), y durante la travesía fué lo único que pude comer por no saber pedir otra cosa. Pero una vez en Nueva York, ya cansado de tantos huevos con jamón, intenté aprender a decir carne con patatas; pero en el restaurante, por más que lo repetía, no lograba hacerme entender del camarero, y tenía que volver a los consabidos ham and eggs, que fueron mi pesadilla durante cerca de tres meses.